



Desde este
momento...

Gustavo de la Rosa Muruato

Desde este
momento...

Desde este momento...

Gustavo de la Rosa Muruato



Zacatecas, México, 2014

Edición

Georgia Aralú González Pérez
Israel David Piña García

Edición al cuidado de

Selene Carrillo Carlos
Erika Isabel Varela Rodríguez
Jonatán Aaron Piña García

Portada

Israel David Piña García

Desde este momento...

Primera edición, 2014

© Gustavo de la Rosa Muruato
© Universidad Autónoma de Zacatecas

ISBN 978-607-8368-01-3

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño tipográfico y de portada, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin la autorización por escrito de la Universidad Autónoma de Zacatecas.



Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Para Rosalía

... el libre albedrío es femenino



Freedom's just another word for nothing left to lose...

Libertad es sólo otra palabra cuando nada queda por perder...

Kris Kristofferson/Fred L. Foster, «Me and Bobby McGee»

La chica del abanico

1

Gustaba de caminar por la calle de las bandas *ragtime*,
sastres y carceleros de opereta cantaban sus versos
y mencionaban su nombre junto al vino dulce.
En las colinas cercanas a la ciudad, solía juntar rosas
crecidas entre gloriosas hierbas mostrencas.

2

Conoció calles y paredes, arcadas y pasillos
de la antigua Santa Fe; la vida le parecía más libre
y le recordaban los viejos senderos
desde su Zacatecas desmemoriada.
Pero ni sus gastados botines ni el amor de Bobby
pudieron apartarla de la carretera.

3

El verano le prodigó enjambres de oro
y abejas matutinas, repentinas parvadas
navegantes, colinas con melena de león,
canículas de cigarras y llanos de gobernadora
y el ritmo de las sombras en tantos cafés
de autopistas por el gran Desierto de Chihuahua.

4

Su abanico no cargaba polvo de los caminos,
ni recuerdos, ni amarguras, ni resentimientos;
sólo una extraordinaria viñeta del sol naciente
y el secreto anhelo de volver a casa.

5

Un día de abril tomó el tren en la frontera.
No llevaba equipaje, sólo algunas coplas
de media luna.
La despejada mañana rubricó su balada: ella abrió
la ventanilla, aspiró los aromas del desierto
y arrojó su abanico de mil colores.

La silueta en el horizonte

El día comienza para la que se aleja;
en lontananza, los cedros de las colinas
airean electricidad en las nubes saturadas de lluvia;
la bruma es un galimatías con escasa visibilidad de fantasmas.
Después de renacer en las cumbres silenciosas,
los arroyos se adelgazan por las planicies.
Un mar de hierba se revuelve en sí con suaves olas bruñidas,
una melodía se filtra con la brisa entre los florecidos arbustos.
Al ras de la llanura se ve a una muchacha
evaporándose en el confín de la carretera;
la diáfana rebelión del lucero matinal es su escolta solitaria,
séquito fugaz para sus andantes silencios de mujer.

Hice un alto para cargar gasolina

Junto a la carretera, muy apegada
al paralelismo de las vías férreas,
la estación parecía despoblada,
como al descuido.

No muy lejos, una muchacha se alejaba
hacia el Oeste. Caminaba despacio
sobre el acotamiento; en diagonal, su brazo
izquierdo mostraba el pulgar hacia arriba,
firme, sin prisa, casi con indiferencia.

El cálido sol del mediodía silueteaba su espalda
con la mochila a cuestas. El viento suave
de octubre agitaba el otoño castaño de su pelo.
En la pausada escritura de sus pasos, la joven
puntuaba las extraviadas sandalias del horizonte.

Viajera tornasol

Quiere recordar las calles que juntos vivieron,
pero no puede absorber la cartografía de la ciudad.
Divaga su dilema sin afinidades ni parentescos.
Su memoria sólo retiene los ojos que le sonreían,
casi hasta perder el aliento, sin percibir la evasión
en los fugaces matices tornasol: «no esperes demasiado»,
le decían.

Al marcharse, ella rubricó: «no puedes venir conmigo,
sólo soy nimbo de arenas ultramarinas».

Buen augurio en el desierto

Ya dormidos, con apagado
entusiasmo y ajenos a la noche,
tus labios de adobe
—adverso lujo de la sequía—
sonríen a la luz de la fogata.

El elixir de la vida

Es una muchacha que usa una peineta de carey;
habita una magnífica ciudad nómada, ubicada
en tierras no cartografiadas, en los confines de la libertad.

Allá, las leyendas asombran como ríos nocturnos
y del rumor de los árboles emanan metáforas:
la luna es una liebre que salta en la oscuridad
y la bruma es sólo el jadeo del viento descalzo,
una exhalación para la supervivencia del bosque,
una oda gentil para el forastero.

Para llegar allá debes vadear un río, súbdito
del páramo, que se retuerce como las palabras
y se enclaustra en los espejismos de las montañas.

Germinal

Al conjuro de las estaciones, la renovación
de los colores terrenales no reanima la hojarasca
ni la hierba desecada.

Y al caminar por la pedregosa orilla del río,
la cardinal greda murmura la fugacidad
del hoy en sucesiones azarosas, su impaciente
convocatoria al porvenir: el presente es engaño,
ilusión, caducidad; el mañana es tormenta, pasión,
apremio, libre albedrío, lindas y muchachas
descubriendo su propio sendero en la floresta.

Muchachas con ojos de cántaro

Es el verano, las colegialas
pasean entre granados;
por sus frondosas miradas vaga
el tenso anhelo de la granadina,
deseando ser congestionada granada.

Sus ojos francos

Sus ojos francos me miran con frágiles
inscripciones en el contorno de la memoria:
prodigios aéreos de original versatilidad,
desaliñados recuerdos errando en amables
jornadas; palabras adivinadas, incondicionales
de mi certificada evocación, a la zaga
del imprudente dios de los juegos.

La muchacha del verano

Llegó con cilíndricas armonías,
en perfecta definición.

Parece un poco lánguida,
pero tiene clase de verdad.

Cuando camina,
mece calles ociosas,
fascina rostros anónimos,
deletrea vértigos fugitivos.

Acompasada, se apresura,
danza, gira y se desliza;
pródiga, ondea su falda fugaz.

Ella no sería de otra manera

Vino con la cresta del día, libre
en la pureza de su vuelo; radiantes
las alas matizadas; una floración inesperada.
Imposible aprisionar una flama
en el complicado mecanismo de un cerrojo.
Al llegar, arrojó su encantadora llave
anudada con el moño ciego de la noche.

Amor libre

Muy erguida su cabeza de jengibre,
pasa lozana, aérea en sus botines de corcho.
En su pelo lleva atada una cinta naranja
y puede sonreír en medio de la confusión.
Por encima del hombro pasea su mirada
de azafrán. Una ardilla retoza en su risita
refinada. Sus labios queman: pronuncia
inminentes palabras de viaje.

Viento ciego

Varada en un remoto paradero, lejos de las montañas, espera —como la piedra en la honda— conectar autos esporádicos o autobuses de uno por día. El café restaurante jadea las prisas de los camioneros, el ciego amanecer arrastra jirones de nubes y negras estelas viajan rudas jornadas de carretera. El viento diluye estrellas y palabras cargadas de lluvia. En su interior se desborda una tormenta que le asfixia. Hace día y medio que salió huyendo sin rumbo, sin dudas ni arrepentimientos. Ahora su vida es un susurro, un relente de dolor, una ausencia que le ahoga, una mirada perdida en la distancia.

Mujer de mayo

La trajo el frágil compás de la lluvia
sin arrullo, sin las treguas que mecen
los sueños de los sauces.

Se aposentó acérrima y evidente
sin transparentar sus espejismos.

Por algunas semanas estacionales
fue luz calma en los días por venir,
ojos de mar profundo, nube que oscurece
la noche, azul termal que ríe. Era mujer
de mayo, remisa resaca de la mar:
¿quién podría doblegar su reflujó?

La coherencia de la devoción

Ha sido un dilatado verano: los días
aún balancean su desnuda luz con pies
de diamante; afable, el otoño prolonga
sus vacaciones; cede una parte de su lugar
en el anillo solar y espera con una sonrisa
en los ojos, mientras la calle se amolda
el sombrero de fiesta
(aún danzan los faroles de la noche anterior)
oficiando su brújula diaria, pasa la bella mujer
al vertical compás de sus pasos.

Euritmia

Una mujer camina por la calle,
los hombros erguidos, la cabeza firme.
Su mirada es clara y determinada, sus holgadas
ropas ondean libres y cadenciosas.
Va como la espiga que se mece en el trigal
y un vientecillo le despeina un mechón
sobre la frente.
A veces se adelanta, como el pez
que abandona su cardumen; titubea
y se toca la cabeza, como si recordara algo.
Un hombre le habla, ella se detiene y señala
con un gesto.
La mujer reanuda su caminar por la ciudad
y se funde con la gente en perfecta sincronía.

... la sed del fuego se sirve a contraluz



En vano pido la sed al fuego.

César Moro, «Carta de amor»

Memorial sumario

Mujer: tu recuerdo es de arenas
y de agua claras, de confeti y de risas
que resbalan; llega de prisa, como un sorbo;
es una sombra fugitiva, una espina brava,
un relámpago en la médula espinal.
Como siempre, me asalta envuelto
en cordiales voces; pero es inmenso
el breviario de la decepción.

Ya no te conozco

Sabía que mirarle a los ojos era imposible,
porque ahí encontraría intemperies sin sollozos,
mareas de aflicción y el incesante delecteo
de una sola frase, dicha de manera recóndita:
«ya no te conozco».

Reflexión en silencio

El sol madruga con escamas doradas,
sin fondo ni firmamento, sólo tu ausencia.
La luz, con el rostro en suspenso,
sublima las ofrendas de mi voz interior;
con la mirada en el jardín del porvenir,
ansío salir de esta soledad circular
y por mi mente cruza un sordo torbellino
de ocas rojas, desgajando la sangre y el olvido.

¡Te amo!

Una nube de infieles emociones
le asaltaba mientras se volvía de espaldas:
era su última oportunidad y sólo necesitaba
decir dos palabras solidarias;
pero las voces se le enredaron
como costurones en su cabeza.

Contumacia

La noche me acuna en silencio,
es una mortaja densa y perfumada,
volátil euforia con pies de sombras.

Una sórdida metamorfosis, metódica
y secreta, me inunda con sus turbias aguas;
la pleamar anega mis muslos.

Mi cuerpo yace como un árbol reblandecido,
un mundo lánguido, un pagaré
embebido en un pozo de sexo.

La dama olvidada

Existe sin sol y sin amar;
habla con inflexiones de medios tonos,
habla con palabras sin entrañas,
con palabras de postrimería,
con invocaciones de benevolencia.

Esa sensación de agravio

La encontró, por experiencia
propia, en el más bilioso rincón
de los diccionarios.

Una palabra precisa: «despecho».

Liberación

Con sus dedos inventa la luna
y dibuja las dormidas ojeras de la demencia,
lánguidas pérdidas para un corazón
que clama irrefutable.

Bajo un tejado de ruinoso lluvia
se agitan sus facultades en alerta fija;
despreciada por palabras en columnas,
muy abiertos sus ojos fluorescentes.

Sin titubear, siega los corolarios
de las razones pronunciadas por aquel hombre,
que, en la cámara de los gatos,
bebió del vinagre de la mujer-lápiz.

Su ambigua mirada atrapa los bordes
del horizonte, mientras el misterio tejido
entre sus dedos asciende hacia su boca
y ella es un lirio que revienta.

Cuarto de hospital

El tiempo rehusaba recomenzar en su camastro
de astillas, era inútil batir los párpados fracturados
para escapar de su tintineo de manecillas.

Soñaba con un cáliz de nieve encantada, pero
en su pecho sólo florecían espectros de viento,
lluvia y niebla.

Con heridas fosforescentes, su cuerpo flotaba
en inválidas nubes de artificio. La visión
de una infiltrada fantasía se desliza por la habitación:
llega su amante y trae estrellas en su mirada.

Demasiado lejos

Tomó la botella marrón de la mesita contigua. Un sorbo prolongado y la dejó en la arena, al alcance de la mano. Balanceándose en su mecedora observaba el asíncrono vaivén del Pacífico. A lo lejos, el mar y la atmósfera se combinaban a la distancia en la difusa niebla matutina. Centelleos diminutos le punzaban la visión. Esforzó la vista, queriendo penetrar en la masa brumosa, pero los destellos del sol herían su pupila. Ya jamás la vería. Ella se había ido demasiado lejos, en busca del sedante sol poniente.

Justo en el ocaso perentorio, ella se adentró más allá de todo retorno.

Cuando la encontraron, su cuerpo se balanceaba en perfecta sincronía con las olas de la noche profunda.

La puerta al desaliento

Abres la puerta, cierras tu puerta; giras
de soledad en esa habitación hinchada.
Dentro de ti hay palabras que no puedes decir.
Quieres permutar el nocturno paisaje de la ciudad
a cambio de tus atavismos: frías imágenes de miedos,
voces tardías, parques vacíos al amanecer,
mansas ovejas adornadas con flores marchitas.
Cabalgas tu vals de luna, con los ojos vacíos
y nadie en los alrededores. Tu esplendor se hace añicos,
todo estalla en burbujas de lluvia fría.

Te busco

En los olivos de siglos esparcidos,
en las fronteras de la estrella vespertina,
en el futuro de la soledad que se coagula,
en el yermo solar de saqueados templos manchados de sangre,
en los antiguos pasos del verano marino,
en el inmenso lago de los amantes que se apartan,
en aquel dilatado momento, sin abismo y sin tacto,
disipado en fábulas y fuegos fatuos.
Pero anidas en ese breve espacio: entre el deseo
encadenado y la orilla infantil de tu capricho.

La sangre de Romeo

Conocí a una mujer en un canto de amor.
Por las noches solía transitar los secretos
de las palabras sin despertar a los cuervos,
sin inquietar a las estrellas ni enturbiar la luna.

Viajaba ligera con ensueños sobre mi pecho.

Podía ser la libertad de una espiral por la llanura,
o un laberinto de capitulaciones y eléctricos indultos.
A veces era un arrollo seco y desnudo, el hormigueo
de una zarza, o las evoluciones de una rumorosa concurrencia.

Un día enclaustrado perdí la integridad de mi conciencia:
en un frenético parpadeo devasté su inocencia.

Sigo empotrado en esta tierra, avistando la carretera.

Regreso sin gloria

Salgo de la estación al abrigo de un recuerdo.

Con la inercia de tantos años, sosegadas calles
me llevan a su casa.

Abre su puerta y se le borra la incipiente sonrisa.

Farfullo un estúpido saludo.

Su desconocida mirada me interroga.

Nocturno amotinado

Una luminiscencia de tiempo perfecto fluctúa libre,
se hunde. La noche llega, con sus discusiones insomnes,
a golpear las cabeceras. Tonterías apenas murmuradas.
Las mentes caducas se apagan. Los relojes mienten.
Hay una canción que miente acerca de todo.
Es la canción de los amantes. Es la canción
del hombre zarandeado. Cuando se canta,
la razón se torna gris y los colores se destiñen
como un argumento atolondrado. Mi cama asfixia...
Sentimientos retenidos... Sensaciones
clandestinas, esperanzas en aerosol. Intermedio
de engaños y fingimientos contenidos. Una luna de nylon
lucra en el desamparo. El último lugar disponible
para drenar la memoria a sangre fría.
(Claridad receptiva en blanco y negro)
Se hace el vacío en el amor empañado. El sol
despierta flotando con ojos de inanición.

Una amigable advertencia

¿Buscar? ¿En dónde? ¿Qué?

¿Acaso hubo algo? ¿Acaso hubo un qué?

Se pregunta el hombre, absorto hasta el abandono.

Una vez ella le perteneció (oh, qué tontería).

¿Acaso no le advirtieron? Será únicamente

mientras emprende el vuelo; ella se mueve

con la ascensión de los vientos; nunca regresaría

al mismo lugar, aunque la prorrogaran con ansiedad.

Es de esa clase de mujeres aéreas, evanescentes

hermanas de la bruma; que no dejan cenizas al arder

ni huellas en los caminos; si acaso,

una desvaída estela de su perfume natural.

Cenizas de diamante

Madrigales de hielo
para el espejo del adiós.
Dos que la vida ha desunido,
caminan inversos y abdicados.

Para qué volver

Mil recuerdos encajan sus punzantes uñas
y el relegado juramento del retorno
cae bajo el color de la sospecha.
Ella rezuma y se aglutina en mi mente,
igual que la resina se adhiere al tallo:
aguas retentivas hienden la roca del olvido.

... el noble desengaño
será un latigazo de circunstancias



Noble desengaño,
gracias doy al cielo
que rompiste el lazo
que me tenía preso.

Luis de Góngora,
«Noble desengaño»

Celosa que sabe latín

En ti, la elocuencia se transforma
en agravante escarcha, en vengativa
cascada; tu lechosa mirada juega
su torvo juego de chispas; tu helada
retórica se pasea por atajos de salitre
y despecho, violentando el oscuro pudor
de tus sellados labios.

Mujer taimada

La sangre sumisa
orada con astucia.

Galeote

¡Oh, me abrazas tan fuerte!

Y en esos momentos creo que podría darte
un hogar cálido, donde tus brazos me aguarden.

Y también creo que podría conquistar todo un país
o todo un mundo, ¡el universo entero sólo para ti!

Creo que podría realizar cualquier hazaña, querida,
salvo transmutarme en galeote de tus brazos.

Lectura en voz baja

Llegaba con sus grandes volúmenes
de literatura encantadora. Explícita,
me tomaba de la mano y colocaba mi dedo
índice en la página escogida al azar.
Suspiraba, miraba fijamente, antes de parpadear,
para decir a su modo: «¿Sí?, ¿sí?»
Recorría las páginas de mi mente,
mi fascinada curiosidad por lo que seguía.
A veces parecía leer de memoria,
viéndome a los ojos mientras recitaba.
Y su mirada me vaciaba secretos y temores.
Me hacía sentir a su merced, esperando
el siguiente movimiento, con leve tensión,
con aéreo deseo, con ansias de amarle en gracia viva.
Ante mis avances, muy recatada, reanudaba su lectura.
Al tercer día la mandé al demonio.

La coqueta vanidosa

Puro arquetipo: les desvelará lo idéntico; de la seductora sutil alértense exceptuados. Despliega veteada o desolada historieta; escucha auténtica, embellecida, perturba imaginario auditorio. Gozaba de caramelos y bombones, tiempos ha; arrebató mi cariño y lo vagó con vueltas y vueltas; esta muchacha me desertaría con el primordial fracturado; y atiendan lo que convengo escribirles: de la seductora princesa protéjense clausurados. Sus labios, presencia, rostro, sonrisa, evoco; la exquisitez de sus pestañas, abrazos tibios; aún progresa mi exaltación, mi entusiasmo y... pero lloriquear como yo si no anhelan, aferrado patronato de la engreída niña, aforismos refutados, defiéndanse; advertidos quedan: le saborea caminar colindante y ultravioleta; desmantela y cautiva; como los arquetipos, resurge primorosa.

Dulce amor

Es la estación propicia: las mujeres
muerden manzanas cubiertas de caramelo;
acentos de sangre rayan sus pechos; voces
de almíbar repican en el aire maduro. En efecto,
el amor es pegajoso en esta época del año.

... las arenas del náufrago serán
vibraciones alegóricas



... tu cuerpo es un arrogante
palacio
donde vive
el
temblor.

Rafael Cadenas, «You»

Fácil de amar

Es imposible no amarte cuando amaneces
y en tu rostro de luna joven se dibujan
signos de inminente osadía: el fragor
que encrespa el acantilado.

Las arenas del náufrago

En su alcoba, las ígneas delicias
del instante constelado.

De noche, su casa

De noche, su casa es una feria
de vigilijs regocijadas, de fuegos
desertados y restituidos,
de chimeneas con muslos de agua.

Al abrigo de todo

Recostó la cabeza en su regazo de tótem,
apreciando la fisonomía de sus dormidas rodillas.
En ese umbral de veneración, entre
relámpagos perdidos, sus sentidos,
alerta, descifraban eléctricas notas
de muslos extraviados, cargados de rimas
y exhalaciones de incienso hembra.

Espléndida noche frente al fuego

La tarde derramó en tu pecho
un secreto arrebatado a los huertos,
una risueña parvada en el corazón,
una claridad que pone casa al destino:
se distiende el ceño de las sombras
y recomenzamos contra toda evidencia.

Manifiesto de la munificencia

En mi fanática lucidez nacen abismos y vacíos,
un viento rojo de alabanzas e invocaciones,
atalayas y paisajes con espirales exquisitas,
sublimados refinamientos del Oriente. Y entre
aquella incoherencia de exhalaciones y colores,
se goza en tus ojos un vago fulgor, voluptuosa
obertura del narcisismo encadenado;
y sorda a la espesa resonancia de tu almohada,
silabeas testamentos que me queman.

Filosofía del pudor

Sus senos devotos,
delicados bordes del alba,
se evaporan ondulando
en la sumisa penumbra.

Luminiscencia enigma

La luna se ve más limpia después de un eclipse.
La luna suspendida se ve más distante después de un eclipse;
la luna enrojecida se ve más transparente,
la luna enverdecida se ve más displicente,
la luna acurrucada se ve más incoherente,
la luna enamorada se ve más indecente,
la luna malhumorada se ve más detergente,
la luna envilecida se ve más inocente,
la luna entumecida se ve más complaciente,
la luna engrandecida se ve más convincente;
y, traviesa, con ganas de quedarse,
la luna de tus ojos, telescópica se evade.

Contigo me basta

Contigo me basta para remontar despeñaderos abruptos,
para reposar a solas a la sombra de los pinos,
para permanecer en germen, sin contriciones lubricadas.
Contigo me basta cuando los espectros de los cuervos
me visitan como nubes intrigantes.
Contigo me basta para que mi mano se ofrezca franca
 al extranjero,
para adentrarme como un espejismo en el desierto solitario
o para caminar por el bosque al lado del venado y del ceniztle.
Contigo me basta para que mis áridos pasos anden
 entre pisadas de hadas.
Contigo me basta para que sin invocaciones me hilvanen
 los madrigales del azar.
Contigo me basta para desairar la nuca seductora
 de las mujeres colibrí.
Contigo me basta.

Déjà vu?

Te reconozco en ese muro de peces y en ese
líquido beso de ausencia en la ventana.
Como un aleteo de mi pasado, regresas
luminosa, excesiva y susurrante: dices que
el sueño es el amigo fiel de los sentidos.

Mi mujer llega a la estación

Y su abrazo es un horario de trenes,
un éxtasis de palabras cruzadas,
el coagulante de las más alegres mañanas.

Mis creencias

Está bien, lo admito: algunas veces la luna puede ser blanca, si se mira alrededor del mediodía; platinada cuando —muy alta— domina en ciertas noches sin estrellas y puede parecer sangrienta en las noches borrascosas; incluso declaro haber visto una oscura luna desafiando
al humillado sol.

También me podrían convencer de que la luna llena es de papel dorado y que naranja podría ser la luna recién inaugurada; pero, sobre todo, estoy dispuesto a creer en el sortilegio lunar de tu presencia y que naciste del espléndido guiño de Venus vespertina.

El nombre sorprendido

Hay un tropel de promesas en el vuelo de los pájaros,
un caudal de pasiones tensando arcos de labrada piedra;
hay un rebaño que resbala sediento hacia el encharcado
 abrevadero,
una ventana que mira con desesperación hacia el océano
 remoto;
hay un lago en calma sin los crespos donativos de los vientos;
hay una fina curvatura lunar en el borde oriental
 de un eclipse de sol,
una ribera blanca a cada lado del mediodía equilibrado,
un secreto escondido en el agorero nicho del tiempo;
y está tu nombre, sorprendido sello de agua transparente.

Mirada lejana

Abre sus bellas pestañas: un lujoso
par de cortinas inaugura el paisaje
a campo traviesa.

Regocijado

Dormido a tu lado,
el mar me despierta
guiñando sus ojos
de pájaro carpintero.

La llave de plata

Al amanecer en tu alcoba, reconfortada,
se abriga mi conciencia.

Indiferente a la neumática alborada,
yaces como un manto relegado;
y aún dormida, muy despacio, murmuras:
«el breve azul abomina de la nostalgia inerme».

Y tú como Afrodita

Brisa naciente
ya emancipada.

Luz y vida,
caricia y espejo.

Un beso en
transversal
sincronía
con el mar.

El farol en la casa de Lucía

Prisma flotante en el hermético balcón,
mariposa evasiva hasta la ambigüedad,
lucerna suspendida en la bruma,
ámbar estrangulando la noche.

Iniciación perenne

Junto a ti, ante las desertadas
naves de la pubescencia,
sonrío en mi novicia historia,
inaugurada cada amanecer.

Pictografías

Mi forastera pintora
(inédita, desconocida, anónima)
dibuja cuidadosamente
un girasol de historieta
y alumbra la medianoche.
Abre sus brazos partidarios
y traza el delicado encaje
de un pañuelo, bordado
con alas de rruiseñor.
Su mirada recamada
estampa una lluvia de perlas
en la blanca tela.
Y con su desnuda espalda
ilustra una cascada de verano
cuando lentamente resbala su kimono.

... las enamoradas remontarán
la caída libre de los bucles



Ses rêves en pleine lumière
font s'évaporer les soleils.

Sus sueños a plena luz
evaporan los soles.

Paul Éluard, «L'amoureuse»

Las enamoradas

Vosotras sois albergue
de las flores de la tristeza,
de la ansiedad y de la noche.

Sois el primer pesar
y la primera dicha.
Bríos risueños,
desiertos recién llovidos,
perfumes del verano
y mares de melancolía.

Una advertencia de lejos
y de cerca.
Agua que no quiere dormir,
vértigos de la memoria.
La vida misma,
siempre enigmática.

La pasión y el éxtasis

Metrónomas palabras oscilaban
en sus labios; con intensidad hipnótica
acentuaban su ritmo sincopado:
un diminuto grito engendró
una hoguera de garras inmaculadas.

La canción del bienamado

Lo enjuaga, lo comprime, lo vuelca, lo revive,
lo prueba, lo estira, lo enerva, lo introduce;
lo arrincona, lo bendice, lo arroja, lo ilumina,
lo retiene, lo forma, lo rehúye, lo palpa,
lo desea, lo elige, lo pierde, lo hunde, lo adora.

Mujer abstraída

En
el nombre
que
imagina
ha punteado
una alcoba
de aleteos.

Emocionada

En sus ojos, el deshielo de las joyerías.

La primera vez

El amor naciente, como
la hiedra de los misterios,
infiltra los afluentes de la vida.

Adolescencia de mujer

La sonrojada víspera
se desliza sobre el blanco
lienzo de la melancolía.

Isabel me mira

Con
ojos
de
agua
silenciosa.

Mi mujer despierta

Mi mujer despierta y despliega sus alas de ave migratoria,
su mirada es el claro de luz en el ojo de la aguja.

Amor de dos

El amor de dos
es una exaltada paradoja
en las alas
del uno binomial.

Arrasando la indecencia

La pureza del amor irreductible
es como el incendio
que hace hervir
la savia de los árboles
y estalla sus cortezas.

Índice

- ... el libre albedrío es femenino, 9
- ... la sed del fuego se sirve a contraluz, 29
- ... el noble desengaño será un latigazo de circunstancias, 49
- ... las arenas del naufrago serán vibraciones alegóricas, 57
- ... las enamoradas remontarán la caída libre de los bucles, 79

Desde este momento... concluyó su edición en formato e-book en diciembre de 2015 en las oficinas de Proyecto Editorial, Coordinación de Investigación y Posgrado, Torre de Rectoría, segundo piso, campus UAZ Siglo XXI, carretera Zacatecas-Guadalajara kilómetro 6, Ejido La Escondida, 98160, Zacatecas, Zacatecas, México.





*Estrella
binaria*
Serie poética

ISBN: 978-607-8368-01-3



9 786078 368013

RAV
2014